

Hacia la Comunión en la Fe

Por P. FERNANDO DE LA VEGA

La evangelización tiene una universalidad sin fronteras. El Señor encargó a sus seguidores "Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a toda criatura" (Mc 16,15). La Iglesia, depositaria de la Buena Nueva y evangelizadora, comienza por evangelizarse a sí misma. Este mandato del Señor, del que son depositarios todos los cristianos, motiva un esfuerzo común impulsado por el Espíritu Santo a dar testimonio de nuestra esperanza ante todos. Frente a la responsabilidad de la evangelización, la Iglesia se abre a un diálogo de comunión, buscando áreas de participación para el anuncio universal de la salvación.

Pero en este mundo en que vivimos, junto a la Iglesia Católica se encuentran iglesias cristianas occidentales y orientales. Se dan también los que suelen llamarse "movimientos religiosos libres", conocidos popularmente como "sectas", de los cuales algunos se mantienen dentro de los límites de la profesión de fe básicamente cristiana, otros, en cambio, no pueden ser considerados tales.

La unidad de los cristianos estuvo amenazada desde los mismos comienzos de la Iglesia, y en el Nuevo Testamento se encuentran, en las cartas de Pablo, sobre todo las dirigidas a la comunidad de Corinto y a los Filipenses, señales de división ocasionadas por dudas, explicaciones y tendencias de algunos cristianos procedentes del judaísmo y, en otros casos, dentro de las mismas comunidades de aquella Iglesia primitiva.

Estamos entonces en la raíz del problema que da origen a la necesidad del esfuerzo ecuménico. La palabra Ecumenismo, es de origen griego y significa "toda la tierra habitada." En el tradicional vocabulario católico designa un concilio general o universal de la Iglesia, pero en la actualidad se utiliza especialmente para referirse a los esfuerzos que se hacen por las distintas iglesias para lograr restablecer la unidad perdida entre los cristianos.

Más grave que las divisiones aparecidas en el Nuevo Testamento, es decir, todavía en vida de los apóstoles y que acabamos de señalar en las comunidades primitivas, es la cuestión de la ruptura de la unidad a causa de la separación de importantes grupos sociales o nacionales, como maniqueos, gnósticos, arrianos, nestorianos...

Sin embargo, sólo la gran ruptura entre las Iglesias de oriente y occidente, ocurrida en el año 1045, conduce a los primeros intentos serios por restablecer esa unidad destruida. Lamentablemente, esos intentos han avanzado muy poco hasta hoy.

Producto del desgajamiento dentro de la cristiandad occidental en el siglo XVI, conocido como Reforma, se hizo más problemática la unidad cristiana. No obstante, junto con las

escisiones se produjeron también esfuerzos ecuménicos de algunos hombres eminentes, para restablecer la unidad perdida.

Es sólo en el siglo XX que se puede hablar de un movimiento ecuménico respaldado por Iglesias enteras. Este fue preparado por las nuevas posibilidades de comunicación que el siglo XIX trajo a la humanidad. También por la creación de organizaciones y asociaciones eclesísticas y confesionales a escala mundial.

Así por ejemplo, en 1948 se constituyó el Consejo Mundial de Iglesias. Unos años antes, en 1925, se convocó en Estocolmo la Conferencia Universal Cristiana sobre la Vida y el Trabajo para estudiar la aplicación del Evangelio a los asuntos industriales, sociales, políticos e internacionales. Curiosamente el lema era: "el servicio une, la doctrina divide".

Hay que reconocer que el impulso hacia la unidad de los cristianos fue realizado casi en exclusividad por las iglesias protestantes.

Es en 1920 que el patriarca de Constantinopla publica una encíclica en la que llama a la unión de todos los cristianos.

Las Iglesias Ortodoxas orientales, son miembros del Consejo Mundial de Iglesias desde la constitución de este organismo.



En 1964, el papa Pablo VI (a la derecha) se entrevistó con Atenágoras I en Jerusalén. Tras dicho encuentro, fueron revocados los recíprocos decretos de excomunión entre la Iglesia ortodoxa y la Iglesia Católica. Fue el primer contacto que mantenían dos líderes de ambas iglesias en más de 500 años.

La Iglesia Católica, sin embargo, permaneció con reservas en relación con el ecumenismo hasta 1959, cuando el papa Juan XXIII propuso la convocatoria de un nuevo Concilio. La renovación doctrinal y la unión con otras confesiones religiosas, fueron de los puntos más debatidos en el Concilio Vaticano II.

En 1962, al iniciarse el Concilio en la basílica de San Pedro, los representantes de las iglesias ortodoxas y protestantes —que estuvieron presentes en todas las sesiones— fueron ubicados en lugares de honor. El Decreto sobre el Ecumenismo, promulgado por el propio Concilio Vaticano II en 1964, habla no ya de "iglesias cristianas", sino de "hermanos separados" y deploró los pecados contra la unidad cometidos durante muchos años por unos y otros.

Tras fallecer Juan XXIII en 1963, su sucesor, Pablo VI dio a conocer su intención de profundizar en el terreno del ecumenismo, describiendo la unidad como "objeto de interés permanente, estudio sistemático y comprensión constante" para la Iglesia. Esta política fue reforzada por varios gestos importantes. En 1964 el Papa y el patriarca ecuménico ortodoxo Atenágoras I, mantuvieron un cálido e histórico encuentro en Jerusalén, el primero que se celebraba en más de 500 años entre los máximos líderes espirituales de ambas iglesias. En 1966 el arzobispo de Canterbury, cabeza de la confesión anglicana, visitó al papa Pablo VI y, en 1967, el pontífice visitó al patriarca ortodoxo de Turquía.

A nosotros, cristianos católicos, el Concilio Vaticano II nos ha hecho retornar a la vocación originaria de la unidad. "Dios, dice el Concilio, quiso santificar y salvar a los hombres, no individualmente y sin ningún lazo entre sí, sino que quiso formar un pueblo que lo reconociese en la verdad y lo sirviera fielmente" (*Lumen Gentium* 9). Por lo tanto, nada hay más contrario a esta visión unitaria y universal de la salvación cristiana que opera en cada alma y en el conjunto, que el individualismo, el egoísmo, la división, la separación, la oposición. Y también, nada hay más conforme con el deseo de Cristo manifestado en la Última Cena: "que todos sean uno" (Jn. 17, 22), que buscar la unidad de los cristianos, sabiendo que, en la mayoría de los casos, son más las cosas que nos unen que las que nos separan.

Somos conscientes, nosotros los cristianos, de encontrarnos en una situación extraña, podríamos decir, absurda, porque permanecemos todavía separados, divididos, a menudo hemos sido desconfiados y rivales, ocupados hasta ayer en polémicas interminables y violentas entre nosotros. Hoy, aunque deseosos quizás de entendernos, perdonarnos mutuamente y comprendernos, e incluso de actuar juntos... todavía estamos separados, distantes. Quizá sea éste uno de los problemas más graves de la cristiandad. Al menos, debemos alegrarnos porque finalmente nos damos cuenta de ello.

Estamos seguros que todos podemos aprender los unos de los otros, a entender y vivir mejor ciertos aspectos de nuestra fe y de este modo ir modificando la antigua mentalidad de desconfianza entre hermanos, que tanto daño ha hecho a todos. Igualmente, nos damos cuenta de cuánto más podríamos lograr si unáramos nuestros esfuerzos en luchar contra el pecado, en lugar de desgastarnos en discusiones y justificación de enfoques diferentes que nos dividen y, a veces, enfrentan, restando credibilidad ante el mundo, a la Iglesia de Cristo.

No podemos estar satisfechos de las divisiones históricas, a pesar de que el esfuerzo ecuménico ha estado marcado por etapas decisivas en el pasado siglo XX y en lo que va de éste. De ello hay que alegrarse sin dejar de calcular todo el camino que queda por recorrer en este terreno.

Por encima de gestos simbólicos y de investigaciones teológicas, las Iglesias cristianas tienen que dejarse interpelar por el testimonio negativo que resulta de sus divisiones. La unidad hay que entenderla en la comunión de una misma fe y se expresa igualmente en la comunión entre las Iglesias; en este sentido, la colecta que organiza Pablo en los tiempos apostólicos es un testimonio de ello.

Sigue plantada una cuestión difícil, la del ministerio de Pedro. En efecto, las divergencias recaen particularmente sobre la interpretación que se da a la afirmación que encontramos en Mateo 16, 18 y 19: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia..." Este ministerio de comunión de la Iglesia universal que se atribuye al obispo de Roma, es la primacía del servicio y de la unidad en la fe y tiene que seguir siendo una fuerza de iniciativa, de proposición y de sostenimiento de todas las iglesias ante los retos del mundo presente o las presiones que puedan ejercer los poderes terrenales.

Porque la Iglesia, en la fuerza del Espíritu Santo, no puede menos que entrar en comunión con el mundo. El libro de los Hechos de los Apóstoles nos muestra este progreso, desde Jerusalén hasta Roma. Sin embargo, en el Nuevo Testamento no se califica a la Iglesia como "católica". Es Ignacio de Antioquía, hacia el año 110, quien por primera vez utiliza este término al escribir: "En donde se muestra el obispo, allí también tiene que estar el pueblo, lo mismo que donde está Jesucristo, allí está la Iglesia Católica".

Ignacio de Antioquía no inventaba nada y situaba la catolicidad de la Iglesia en Jesucristo, que es la plenitud de la revelación. Cristo es reconocido como la cabeza del cuerpo que es la Iglesia, y Dios "por medio de Él, ha reconciliado a todos los seres para Él, tanto en la tierra como en el cielo, haciendo la paz por la sangre de su cruz" (Col 1, 20).

En el curso de la historia, el calificativo "católico" ha conocido usos polémicos. Era católica la iglesia ortodoxa al oponerse a todas las herejías. Con la Reforma se planteó la cuestión del derecho a este apelativo. Se produjo así cierto deslizamiento en la expresión y sólo lo mantuvo la Iglesia romana.

Finalmente es necesario precisar que la catolicidad de la Iglesia no está ligada a su extensión espacial; desde Jerusalén, la Iglesia es católica. Tampoco está ligada a una concepción sociológica o a su continuidad histórica.

La catolicidad remite incesantemente a la Iglesia a su identidad profunda, a su fundamentación en Cristo, en esta dinámica espiritual que tiende a que Cristo —camino, Verdad y Vida— se haga todo en todos, porque Él, por su Espíritu, le da a cada generación las palabras para confesarlo Señor.

